



CAPITULO X.

*Salen los Castellanos de Michoacan
con los embajadores del Rey y llegan a donde estava
Don Fernando Cortés.*

YA que los Castellanos querian partir, el Rey embió ciertos Señores a mucha prisa, rogandoles con muy gran instancia, que por quanto aquel Lebel, que tenían le avia parecido el mas hermoso animal, que jamas avia visto, le hiciessen tan gran placer de se le embiar, que por él embiaria todo el Oro y Plata que le pidiessen por que animal tan valiente que avia venido en Compañía de tan Fuertes Hombres no podia dejar de ser muy bueno para la Defensa, y Guarda de su Persona, y casa, que a ellos no les faltaria otro por que sabian, que en el Ejercito de Cortés avia muchos, que peleaban, y que en ninguna manera le dijessen de no, porque lo sentiria mucho. Este mensaje dió pena á los Castellanos, porque era tan bueno el Lebel, que en aquel tiempo no tenia precio por ser muy grande, muy animoso, muy diestro en la Gran Guerra, y tan temido de los Indios, que en soltandole, aunque huviesse diez mil delante, no osavan parar, y era con esto tan presto, y tan ligero, y tan cebado con los Indios que lo primero que hacia, era devo-

rar todos los que topava, y despues que se le alejavan mucho los que iban delante, revolvia sobre los que se levantavan, haciendo siempre presa en la Garganta.

«Estuvieron dudando, que harian y Peñalosa, que era el dueño del Lebrel, estuvo gran rato muy duro en darle, y aunque mucho se lo porfiaban sus compañeros, decia, que mas queria morir, que dar el Lebrel; pero temiendo como todos, que si no le diera, avian de ser sacrificados, siendo hombre de buena razon, se dejó convencer. Los Caballeros Mexicanos decian que sin duda el Rey entendia que tenia enojados á sus Dioses, por no los aver sacrificado en aquellas fiestas pues eran tan grandes enemigos suyos y que por aplacarlos, queria sacrificar aquel Lebrel, y que si no se le davan, entendian, que todos moririan y tambien el Lebrel, y que mejor era que a costa del Lebrel se salvassen todos. Peñalosa dió el Perro, muy contra su voluntad pudiendo mas (como era razon) el temor de la muerte, que su escusada porfia y por que no estava para responder, vno de los Compañeros, dijo: Que aunque aquel animal era el mas apreciado que tenian, de muy buena gana servirian con él al Rey, para que tuviesse alguna prenda suya, y se acordasse de ellos, y que si de lo que tenian, otra cosa le parecia bien, se sirviesse de ello, pues mucho más le devian, y que en lo que decia que embiaria Oro y Plata, que harto les avia dado, y que no eran Hombres que á quien tanto devian avian de vender aquel Lebrel. Y en el entretanto, que el Lebrel no los vio, salieron del Patio, como Hombres encarcelados, no viendo la hora de verse fuera, y fue causa, aver dejado el Lebrel, que por todo el camino fuessen temerosos, creyendo, que ya que el Rey le tenia en su poder, embiaria por ellos para sacrificarlos: acrecentóles este temor, saber al cabo de dos dias que caminavan, que se avian echo Solemnes Fiestas, en las quales con grandes ceremonias, pidiendo perdon á sus Dioses, avian Sacrificado el Lebrel, al qual Sacrificio concurrió mucha gente, para ver como moria aquel animal tan bravo que tantos Indios avia muerto, hicieron este Sacrificio particularmente los Sacerdotes, con nuevas ceremonias diciendo al Perro, como si los en-

tendiera. «Aora, con tu muerte, pagarás las muertes de muchos, cesarán las de los que más matáras, y nuestros Dioses perderán la saña, que contra los nuestros tenian, por no aver sacrificado á los Christianos, que en nuestro poder teniamos.» Dicho esto, tendieronle, como hacian á los Hombres, de espaldas sobre las Gradas de Templo, en la Piedra Piramidal, tentandole el lado del corazon; con gran destreza, con vna navaja se lo abrieron; y sacandose, vntaron con los Rostros de sus Idolos, haciendo luego un baile, cantando con la tristeza que sabian en las muertes de los sacrificados.

«Los Castellanos prosiguieron su camino, y aunque se veian fuera de la carcel, que tal lo era aquella Casa Real ivan tan cuidadosos, que no pudieron gozar del pasatiempo del camino, y de los servicios que los Indios de Mechoacan les hacían, sospechando que todo era falso, para llamarlos, quando menos pensassen ó para que descuidandose, aquellos ocho señores Mechoacanenses los matassen, pues llevavan consigo sin los de carga, los ochocientos hombres y a esta causa de dia ivan con cuidado sin apartarse vno de otro, y de noche se velaban. De esta manera acabaron su jornada, hasta llegar quatro leguas de Cuyóacan donde Cortés estava, á quien avisaron de su llegada, de que recibió grandissimo contento porque los tenia por muertos: embióles quatro hombres de a caballo, con algun refresco; holgóse mucho con los Castellanos y Mexicanos, hizo mucha honra a los Mechoacanenses, mandóles aposentar y regalar, y despues que hubo recibido el presente, trató muy particularmente con Montañó y sus compañeros, lo que les avia parecido de la tierra y de la gente, y como el Rey los avia querido sacrificar, y pedido el Lebrel y todo lo demas que sucedió; embió a llamar a los Embajadores y para representar el autoridad que convenia, cosa que con aquellas Naciones era el gran momento, se vistió vna ropa larga de terciopelo sentandose en vna silla de espaldar, mandó que en la Sala donde estuviesse, todos los Castellanos estuviesen en pie, entraron los Embajadores de dos en dos, hicieron a la entrada de la Sala vn gran comedimiento, y otro a la mitad de ella, y quando llega-

ron donde Cortés estava se levantó á ellos, y vno á vno, con muy buena gracia los abrazó, y vuelto á sentar, el mas anciano haciendo a su modo, cierta ceremonia, que al mismo tiempo hicieron los demas dijo: «Que el Gran Rey de Mechoacan le besava las manos y decia, que por la gran fama de sus maravillosos hechos, que por todo aquel mundo bolava, no avia cosa, que tanto desease, como verle, y que le avia espantado mucho que con tan poca gente de Christianos, huviesse vencido la mas fuerte Ciudad del mundo cuyos Moradores estavan tan sovervios, que les parecia, que el Poder de sus Diosses no bastava a humillarlos: de que se siguió, que por no hallar contradicion, sino en su Rey dilataron tanto su Imperio, que por algunas partes se estendia mas de trecientas leguas, y que lo mas presto, que pudiesse le iria a besar las manos, y a ofrecer su persona, Reyno y Amigos, que tenia muchos y muy buenos: y que de la comunicacion y amistad resultaría el entender, lo que acerca de su Religion le queria decir. Y porque de los Christianos que le embió, se informaria mas largo de la voluntad y amor, que tenia, no decian mas de suplicarle, que les respondiesse, y despachasse quando le pareciere.» Cortés agradeció su venida, diciendo: «Que se holgaba mucho, que tales Caballeros, criados de tan Gran Principe huviesssen ido a él, para pagar en parte lo mucho que le devia por el buen tratamiento, que a sus Castellanos hizo, y por el presente, que le embiava, y que assi les rogaba, que avnque podian irse quando quisiesen, descansassen algunos dias y viessen de espacio el Asiento de su Real, las armas, los caballos, y los Ejercicios de Guerra de sus soldados; y que en lo demas, deseava por extremo ver personalmente a tan Gran Señor que tan poderoso fué contra el Imperio Mexicano, y que de haver venido no le pesaría, porque sabria y entenderia cosas que a él, y a su Reyno mucho convieniesen, y que en el ofrecerse por amigo suyo y vasallo del Rey de Castilla, hacia mas de lo que pensava, y porque por esta via seria mas poderoso Señor que nunca; y que en prendas de amistad, como él decia, le embiaria algunas cosas de Castilla que avnque no fuessen muy ricas,

por su novedad, y estrañeza, le darian gran contento.» Mandó luego hacer una Escaramuza de a caballo, y otra de a pie, y disparar algunos tiros, y escopetas que fueron cosas estrañas para aquellos señores, que con muy gran atencion, y admiracion la miraban. Y recibidas las joyas que Cortés embiava, y saliendo con ellos algunos Castellanos, los despidió muy contentos.»





CAPITULO XI.

Embía el Rey vn hermano suyo a visitar a Cortés, y despues fue a verle en persona.

QUESPACHADOS los Embajadores referidos con los quales embió Cortés dos Castellanos, que tomassen lengua, por aquella parte de la Mar de Sur, que es el Poniente de Mexico, determinó de hacer alguna buena demostracion con el Interprete, que fue a Mechoacan, hizóle Governador y Cazique del Pueblo Xocotitlan, por la verdad y fidelidad, con que avia procedido; y con los otros Caballeros hizo lo que era razon. Llegados los Mechoacanes a su Rey, dijeron tantas y tan grandes cosas en honra de Cortés que le pusieron en gran admiracion: preguntóles muy particularmente por todo lo que avian visto, y como ellos no fueron a otra cosa hiciéronle tan particular relacion de todo, como si muchos meses huvieran estado con los Castellanos, de que le nació tanta voluntad, que quiso ir luego a ver a Cortés sino se lo estorbaran los de su Consejo; y aviendo hecho ciertos sacrificios, para que su jornada fuesse con voluntad de los Dioses. Los mas fueron de parecer que embiasse a vn hermano suyo, que se llamaba Uchichilzi, el cual acompañó á Cortés quando hizo la jornada de Honduras.»

Debo advertir antes de pasar adelante que quando entró heredando Sinsicha el Reino de su padre Sihuan-

za, afirma la Chronica de esta Provincia, que quedaron con él, otros quatro hermanos y que los hizo matar temeroso de que le quitassen la corona, y esto mismo refiere nuestro Ilustrissimo Gonzaga tratando de la Provincia de Michoacan; pero siendo todo lo que relaciona Herrera sacado de los papeles auténticos, que se remitieron al Consejo, me persuado poderse ajustar la diferencia con decir que quitó la vida a los quatro hermanos mayores, y pudo a este, de que hablamos, perdonarla por ser de menos edad, y confrontar con su natural, y cariño.

«Con este parecer embió el Rey con su Hermano mas de mil personas de servicio y muchos Caballeros, que para su servicio llevaron, mas de otras mil personas: dióle para presentar a Cortés mucha ropa de pluma y algodón, cinco mil pesos de oro bajo, mil marcos de plata rebuelta con cobre, todo en piezas de aparador y joyas. Ordenóse que mirasse con cuidado, si era tanto lo que de Cortés se decia como sus Embajadores le referian, y si era assi que el Imperio Mexicano estava deshecho enteramente y en que manera se governava. Era este hermano del Rey, valiente, discreto, y como llevaba gran voluntad de ver a hombre tan famoso, como Cortés, dióse la mayor prisa, que pudo en el camino. Entendiendo Cortés que iba, embió algunos caballeros con el Interprete, a recibirle y darle bien venida. Quando supo que el huesped entrava en su Palacio le salió a recibir a la primera Sala, abrazóle y hizóle grandes caricias, y tomándole por la mano, asentóle consigo, mandóle traer de comer: hizo buen rostro al vino castellano: en comiendo por la lengua le dijo: «Que avnque deseava mucho ver al Rey, se holgaba con su venida, pues era su hermano: y porque tenia gran noticia de su valor y de quan bien se avia avido en las cosas de la guerra, especialmente contra los Mexicanos.» Uchichilzi holgó mucho con esto y lo agradeció con demostraciones, y palabras a Cortés, diciendo que delante de él no avia ningun valiente, pero con su persona y con todo quanto tenia, le serviria todas las veces que se lo mandasse, y que le suplicava, le oyesse lo que de parte de su hermano y señor le iba a decir. Pidióle primero con grandes cortesias, que re-

civiesse aquel presente, que alli le traia, y que muchos dias avia, despues que sus Castellanos fueron a su tierra, que su hermano y él le deseava ver y hablar, por los maravillosos hechos, que de su persona y de los suyos se contavan, y que su hermano fuera luego, si ciertas ocupaciones de su Reyno no se lo estorbaran; pero que a lo que entendia, iria muy presto, y que le certificava, que era tan servidor suyo, y le seria tan buen amigo, que en lo que se ofreciesse, los Tlaxcaltecas, de quien avia conocido tanta voluntad, no le harian ventaja y que tambien le decia, que quedava con tanta satisfaccion de él, que no le habria cosa de que tanta merced recibiesse, como en que le empleasse en algo de su servicio, porque entre los de su Nacion le podrian hacer algun servicio como los Capitanes Tlaxcaltecas: y por que los Embajadores que su hermano le embió, contaron estrañas cosas de las armas, cosas y manera de pelear de los Castellanos, recibiria gran merced en que se lo mandasse mostrar todo, y aquellas grandes canoas con que combatió la gran ciudad de México por los Barcos.

«Cortés, que no deseaba otra cosa, despues de averle con muy buenas palabras dado a entender lo mucho en que tenia su ofrecimiento, le dijo, que el dia siguiente, despues que huviesse descansado le mostraria todo lo que deseava: mandó a sus Capitanes que apercibiesse la gente para que otro dia escaramuzassen a pie y a caballo, y que se aparejasse el Artilleria y Arcabuceria. El dia siguiente estando la gente, con muy buena orden mandó que escaramuzasen. Partióse la gente en dos vandas y en habiendo escaramuzado la Infanteria hecho Escuadron, hizo contra ella la Caballeria algunas arremetidas, jugando el Artillería a su tiempo. Acavada la fiesta, Hernando Cortés con el huesped, en una canoa bien entoldada, fue a México, acompañado de muchos Caballeros, que iban en otras canoas, vió la destruccion de aquella gran ciudad, que antes vió muy floreciente, y le pareció espectáculo miserable y digno de compasion, con que mucho se enterneció. Fueron a ver los Vergantines, mandó Hernando Cortés que se echasse uno al agua en el qual entraron quarenta ó cincuenta hombres,

navegaron un rato, notávalo todo el Indio con mucha atención y maravilla. Buelos á Coyoacán, determinó de partirse a su tierra y con los presentes que le dió Cortés y mucha honra, y buen tratamiento que le hizo fué contento: refirió al Rey quanto avia visto, engrandeciendo tanto el valor de los Castellanos, la cortesía que le avia hecho, que se determinó de ir luego a ver a Cortés, y aparejó grandes presentes que llevarle. Dos cosas afirman que le movieron para esta jornada: la una, la novedad, y grandeza de ver deshecho tan Gran Imperio, por hombres, que mientras eran menos en numero, tanto mas parecia cosa milagrosa; y por confederarse con ellos para mantener su Estado, y si posible fuesse, acrecentarse juzgando ser esto cosa muy honrosa. La otra por el parecerle que triunfava de un Reyno con que avia tenido mortal enemistad gozandose de verle sujeto y destruido con su ciudad tan famosa y que solia ser el espanto de todas las Naciones comarcanas.

«Partió, pues, Sinsicha, dicho Tangajuan por sobrenombre Rey, de Michoacan, con gran Magestad, embiando cada día desde la parte adonde se alojaba, Mensajeros a Cortés avisando como iba, y adonde quedava, con grandes cortesias y comedimientos: y acercándose al Ejército Castellano, Hernando Cortés le salió a recibir, con la Nobleza Castellana, muy bien aderezada y con la musica, por que sabia, que el Rey llevaba la suya, poco mas de media legua: y quando los vnos reconocieron a los otros, fue cosa muy de ver la salva, que con la musica se hicieran no cesando hasta que el Rey y Cortés se juntaron, aviendo gran silencio como si no hubiera persona en el campo, el Rey se humilló mucho á Cortés el qual le abrazó con grande amor y reverencia, y por los Intérpretes dijo: «Muy valiente y muy esforzado Caballero, Capitan y Caudillo de muy valientes y esforzados Caballeros, embiado por el Mayor Señor, que jamas he oido, suplicote quanto puedo, perdones mi tardanza, en no aver venido a verte, quando prometí, por que cierto muchas veces, como te havra acontecido, los hombres (especialmente los que gobiernan) piensan uno y hacen otro. Yo vengo a servirte, y a ser Vasallo, como tu lo

eres, del Rey de Castilla tu Señor, y assi puedes mandarme de oy en adelante, en todo lo que se ofreciere, que toque al servicio de tu Gran Principe; y por que lo que te ofrezco, han de dar testimonio las obras, en prueba que corresponderán con mis palabras, recibirás oy ciertos presentes de oro, plata, joyas y otras cosas, que en mi Reyno ay, para que entiendas, que ofreciendote mi persona, es lo mismo servirte con mi hacienda.» Cortés tan alegre de las palabras, y obras, como era razon, le tornó a abrazar y respondió: «Que no se maravillava, de que no pudiesse haver ido antes a verle, aunque lo huviesse prometido por la razon, que él decia, que era muy justa, y que cada dia solia suceder; y que de esto no tuviesse pena, por que él con su venida estava tan alegre y regocijado que no queria que le hablasse más de aquello, y que le besava las manos y tenia en mucho, assí el ofrecimiento, como las obras, y que el Rey su Señor, le haria muy grandes mercedes, y que de la comunicacion que adelante tendria, conoceria muy bien el veneficio, que a él y a su Reyno avia de resultar, y desengañandosse de los grandes errores con que el Demonio, por tantos años, los tenia engañados.»

